

¿POR QUE NO SUENAN?



Zacatena

Están ahí arriba, en lo alto de las torres de las iglesias y en algunos, escasos, edificios civiles; pero la mayor parte de ellas permanecen mudas, silenciosas, a pesar de haberseles llamado repetidamente "lenguas de bronce". Me refiero, naturalmente, a las campanas, cuyo silencio en la mayoría de los casos y su desaparición en el peor de los mismos, inducen a que las nuevas generaciones los contemplen casi como un objeto decorativo. Haciendo el inventario y estudio de las 76 existentes en la ciudad de Toro (Zamora), me encontré con una nota tierna pero muy demostrativa del abandono de su uso: en el interior de una de ellas se alojaba un viejo nido de palomas con un par de pichones, que ignoraban que estaban habitando dentro de un instrumento de sonido.

Y sin embargo, hasta llegar a tal situación, las campanas desde que los chinos las inventaran hace más de tres mil años (por cierto, sin badajo), han visto nacer y morir civilizaciones y han acompañado a la religión y a los ejércitos en sus momentos triunfales. Pero, a pesar de haber estado siempre situadas muy próximas al poder, han sabido también permanecer cerca del individuo; aparte de esos repiques generales, sus toques han guiado a caminantes extraviados (el llamado en Aragón el "toque de los perdidos"), han sonado para anunciar en el pueblo los últimos instantes de la vida de un ciudadano ("toque de agonía"), la misa de la ermita ("toque de fiesta"), el momento de la elevación ("toque a alzar"), el peligro inminente ("toque a rebato"), etc., etc. Incluso, dentro del terreno de lo insólito, en un pueblo andaluz existe un toque que anuncia el final de la siesta y en uno castellano otro que se denomina "toque a pagar la contribución".

Todas estas llamadas sonoras nos demuestran que, a lo largo de los siglos, la finalidad principalmente de las campanas ha consistido en ser un elemento de comunicación; así se ha utilizado lo mismo por asirios, egipcios o romanos que por las naciones cristianas. Las campanas, cuyo uso constante por la iglesia cristiana es de todos conocido, ha sido hasta hace poco un excelente (entrañable) elemento comunicativo en-

tre los habituales de los pueblos; las personas mayores que me lean recordarán como a través de su sonido, se han enterado no sólo de una defunción, sino de si el difunto había sido un niño o un adulto; pero acaso se sorprenderían al saber que, según la manera de tocar, se les informaba también del sexo, varón o hembra, del fallecido, de si se trataba de un seglar o de un clérigo y, en este último caso, de la categoría que tenía dentro de la jerarquía eclesiástica. Esta clave empleada en el momento de tocar las campanas, era conocida por mucha gente, se llegó al extremo de existir una ciudad con un código anunciador que constaba de casi doscientos toques distintos.

La campana, una vez fabricada mediante unos métodos curiosísimos que aún se siguen empleando y cuyos comentarios llenarían varias páginas, antes de instalarse en la iglesia debe ser "bautizada". En la liturgia cristiana existen unas bellísimas oraciones que hay que pronunciar durante la ceremonia; a lo largo de ésta se las unge con óleos y se las rocía con agua bendita en presencia de unos padrinos, asignándolas un nombre propio que tendrán para siempre: "Campana María", "Campana Rufina", "Campana Norberta", "Campana Bernarda". Estos nombres aparecen siempre grabados en una orla alrededor de las mismas en su parte superior, consignando también el año de fa-



Iglesia de San Pedro

bricación, así como referencias al donante y breves advocaciones piadosas.

Afortunadamente, también en España comienza a surgir un movimiento que intenta impedir el deterioro y desaparición de algo tan querido. Se escribe e investiga sobre ellas, se realizan concursos de toques, se empieza a instalar carillones y al mismo tiempo se lucha contra el vicio nefasto de electrificarlas o sustituirlas por las horribles y repetitivas cintas magnetofónicas. Por ello, hay que volver a mirar hacia arriba al pasar delante de la iglesia de Santa María o de San Pedro de Daimiel o de la Catedral o San Pedro de Ciudad Real. Hay que lograr que suenen de nuevo resucitando antiguos toques, aunque corramos el riesgo de que nos digan: "Ha oído campanas y no sabe dónde".

CALLES DE DAIMIEL....

LA CALLE GENERAL ESPARTERO



Por acuerdo del pleno del Ayuntamiento de Daimiel, del 10 de febrero de 1882, y a propuesta del concejal D. Telesforo Gómez,

se cambió el nombre a numerosas calles de la ciudad, entre ellas, la calle Don Pedro que pasaría a llamarse General Espartero. Justificaba el Sr. Gómez este cambio, por varias razones, curiosamente por este orden; por ser esta calle "la que tiene dirección para encaminarse a su pueblo natal, Granátula"; por haber nacido sus abuelos paternos en Daimiel y bautizados en la parroquia de San Pedro y, en fin, como homenaje y en memoria de nuestro famoso paisano.

El cambio era desde luego muy acertado, ya que la nómi-

na de manchegos ilustres de nuestra provincia, no es muy numerosa y de ella el número uno era entonces y lo sigue siendo en la actualidad, a mi juicio, Don Baldomero Espartero.

Fue sin duda un hombre singular. Nacido en Granátula en el seno de una modesta familia, llegó a capitán general, ministro de la Guerra, presidente del Consejo de Ministros y en el año 1841, por votación en el Congreso, es elegido Regente del Reino. Más aún, pasados muchos años, destronada Isabel 11, le ofrecen la Corona de España. El general, con muy buen acuerdo, agradece y reusa la propuesta. Pese a todo, en la reunión de las Cortes que elige Rey de España al Duque de Saboya (Amadeo I), Espartero obtiene ocho votos.

Dotado de gran experiencia militar adquirida en la guerra de la Independencia, en las campañas de América contra los insur-

gentes y más tarde en España en la larga y cruel primera guerra carlista a la que él puso fin, en medio del entusiasmo de la nación, con el acuerdo de Vergara, su actuación militar fue siempre muy destacada, haciéndose acreedor de los más altos empleos y títulos nobiliarios.

Bien es verdad que al llegar a la Regencia sus dotes de gobernante, no estuvieron a la misma altura. Tuvo problemas y enfrentamientos que no acertó a resolver, creándose muchos enemigos, cuyas intrigas le obligaron a dejar la Regencia y marchar al exilio. Se instala en Inglaterra, donde es muy bien recibido. Cinco años duró el exilio.

Tuvo Espartero, críticos muy duros y mordaces, cosa frecuente en las personas que ocupan los más altos cargos de la nación, donde obviamente no todo son aciertos.

Pero no debió ser tan mala su gestión, cuando ya retirado en su casa de Logroño, de donde era su esposa, recibe visitas y correspondencia de altas personalidades. Señalemos tres: Amadeo I, recién llegado a España, viaja a Logroño para visitar a Don Baldomero. Proclama-

da la primera República, su primer Presidente se apresura a comunicarle el cambio de régimen y le asegura el respeto del mismo a sus títulos y honores. Llega la Restauración y el nuevo monarca, Alfonso XII aprovecha la primera ocasión para visitar al general en su casa de Logroño. Componen estos tres "detalles" en situaciones políticas tan dispares, una triple carambola muy difícil de conseguir en un país como España, en la apasionada España, de cualquier época.

Mi admiración y respeto para Espartero, con sus virtudes y defectos; únicamente como manchego no le perdono una cosa; el no haber vuelto nunca por su pueblo (salvo que se demuestre lo contrario). No me sirve la excusa de pequeños agravios. No lo puedo entender. A mi me hubiera gustado que Granátula hubiese primado siempre sobre "su Logroño".

FCO. RODRIGUEZ LOZANO

Nota: Las fotocopias del libro de actas municipales han sido facilitadas por Jesualdo Sánchez Bustos.